

REVISTA CADITANA.

Núm. 11.

Estudios SOBRE EL PRESUPUESTO.

ARTICULO I.

El presupuesto de un Estado es un excelente resumen de su civilización: es un cuadro abreviado pero utilísimo de su riqueza, de su poder, de su política, de sus propensiones, de su atraso ó de sus progresos.

Si se quiere averiguar á punto fijo hasta donde llega el influjo de un Gobierno, y que peso podrá tener su voluntad en la balanza de los destinos del mundo, no es lo que importa medir en el mapa la estension de aquel Estado, ni informarse del número de leguas que comprenden sus provincias, ni de cuantos millones cuenta de súbditos; sólo examinar las cifras de su presupuesto.

A quien desee conocer la índole de un Gobierno, y formarse una exacta idea de los fundamentos de su poder y de sus tendencias políticas le bastará con examinar la naturaleza de sus impuestos y el objeto á que los destina. Las leyes económicas tienen un enlace estrechísimo con las instituciones políticas. Las leyes inglesas de cereales son un clarísimo y evidente indicio del influjo político de la aristocracia territorial de aquella rica y poderosa Nación. Las sumas inmensas que destina para los gastos de la familia real, son una prueba igualmente segura de sus propensiones monárquicas. Si la historia contemporánea de nuestra Nación fuera para las generaciones venideras,

un arcano tan misterioso como lo son aun para nosotros los anales de las Naciones primitivas de Europa, y si solo llegara á sus manos una copia de nuestros actuales presupuestos, les bastaría con echar una simple ojeada sobre las crecidísimas cifras del de la guerra, para formarse una idea aproximada de la gravedad de nuestras discordias civiles.

Los periódicos han publicado el resumen de los gastos que se conceptúan necesarios, segun los datos de las oficinas de Hacienda, para el servicio público de este año de 1839, y el de los ingresos que se tienen por probables, atendido el estado de nuestras rentas. A todos interesa saber, sin duda alguna, lo que producen los subsidios y numerosos impuestos que pesan sobre todas las clases de la sociedad. A todos importa tambien conocer las atenciones en que se invierten. Comencemos por los gastos.

Los gastos están calculados para este año en la suma enorme de 1.650,361,974 reales.—24 mrs. suma muy superior á la de todos los presupuestos anteriores, incluso el de 1837, presentado por el Ministro Mendizábal á las Cortes constituyentes, y que importaba 1.570.227,499 rs.—29 ms.

Pero en este enorme presupuesto se debe hacer separacion de las cantidades destinadas á las atenciones extraordinarias del momento, es decir, á los gastos de la guerra.

Rebajando pues los 491.420,193 rs. 12 ms. que importa el presupuesto extraordinario del ministerio de la guerra, queda reducido á 1.158,881.781 rs. 12 mrs. que es todavía una suma inmensa, muy superior á todas las destinadas anteriormente en España para cubrir los gastos públicos.

El presupuesto de gastos votado por las Cortes en 26 de Mayo de 1836, ascendía á 894.984,620 reales y 14 mrs.

Pero despues se le asignaron otros 5.706,697 rs. al ministerio de la Guerra para pensiones, asignaciones y socorros y anteriormente se habian concedido al mismo ministerio, para sus gastos extraordinarios, la suma de 150.000.000 rs.

A mas debieron de subir los gastos de aquel año.

Las sumas asignadas en el presupuesto de 1830 para la casa Real, deuda del Estado, y los cinco ministerios, en que estaba á la sazón dividido el Gobierno, subieron solo á 592.756.089 rs.—9 ms.

El presupuesto de gastos que fijaron las Cortes para el año económico, que empezó en 1.º de Julio de 1821, importaba 756.214,217 rs.—18 ms. El de 1817 se fijó en 643.973,600. En 1760 consistieron los gastos públicos en la cantidad de 306.737,866. rs. vn.

No debemos estrañar que los gastos públicos hayan ido de esta manera en aumento en nuestro país, por mas que á primera vista asombre que con tal rapidez suban las cargas que pesan sobre los contribuyentes. Otro tanto ha sucedido en los demas países. Tomémos por ejemplo á la Francia.

En tiempo de Enrique IV y de Sully, hacia 1610, subia tan solo el presupuesto de gastos á 20 millones de fr.

Ya habia subido hacia el año de 1695 hasta 128 id

El presupuesto votado para el año de 1814 importó 560

Durante todos los años de la Restauracion fué en aumento.

En 1819. 870

En 1824. 896

En 1829. 974

Tambien ha ido en aumento desde la revolucion de Julio hasta el día.

Importaron los gastos públicos en 1830. 1097

en 1837. 1088

en 1838. 1117

Los créditos votados en la última sesion de las Cámaras para los gastos ordinarios de 1830 ascienden á 1.103.331.883

Los créditos especiales para trabajos públicos, correspondientes al mismo año. 69.448,000

Total. 1.172.639,883 fr

A cuya suma se añadirán luego los créditos suplementarios.

Durante los años inmediatos á la revolucion de Julio, han subido los gastos á una suma mas crecida; pero ha sido por razones estraordinarias.

En Inglaterra los ministerios wighs de Grey y de Melbourne han hecho considerables rebajas en los gastos públicos.

Los de 1827 importaron 55.744,863 ls. st.

ó sean. 5.574,486,300 rs. vn.

Los de 1837. 51.319,104 ls. st.

ó sean. 5.131,910,400 rs. vn.

Pero si se compara cualquiera de estos presupuestos con otro de una fecha mas atrasada, se notará el considerable aumento que han tenido en aquel país los gastos públicos.

Véanse por ejemplo los de 1790 que es un presupuesto normal por ser este el año anterior al del principio de la guerra que puede decirse que duró hasta 1816.

Importaron en el espresado año 15.969.178 ls. st.

ó sean. 1.596.917,800 rs. vn.

Invierte pues, en la actualidad, la Nacion inglesa en sus gastos, una cantidad tres veces mayor que la que invertia á fines del siglo último.

Se debe advertir que, durante los años que duró la guerra, á que dió origen la revolucion francesa, subieron los presupuestos públicos en la misma Nacion, desde los 15 millones de 1790, á cantidades estremadamente mayores, llegando á importar el presupuesto del año de 1814, que fué el mas subido de todos, sino estamos equivocados la inmen-

sa suma de 86.507.073 ls. st. 16 s. 7 ds. ó sean 86.50.707,383 rs. vn.

Pero no teniendo en cuenta, como no deben tenerse, ni los gastos extraordinarios á que dió origen la guerra, ni las prudentes reformas hechas últimamente en el presupuesto, por los ministros liberales que han dirigido los negocios de aquella nación, desde 1830 hasta el día, se ve, que los gastos públicos de todas las naciones Europeas van naturalmente creciendo, bien sea porque el curso de la civilización va ensanchando las necesidades, ó ya porque proporciona mejores y mas fáciles medios de cubrirlos, ó bien por otras causas que no entra en nuestro propósito averiguar.

No debe pues asombrarnos que haya tenido tanto aumento el presupuesto de gastos de nuestra Nación, que era lo que nos proponíamos probar.

Compararemos ahora parte por parte el actual presupuesto con el de 1830, para conocer de esta manera cuales son los ramos del servicio público á que corresponde el esceso de gastos que se nota en el presupuesto.

Esta comparacion es tanto mas curiosa como que, ademas de explicar la diferencia estremada que salta á los ojos entre las cifras de ambos presupuestos, enseña tambien á comprender la diversidad que existe entre aquel régimen y el presente, por la naturaleza de los objetos á que se dedica, con mayor ó menor preferencia, el producto de las rentas del Estado.

En el presupuesto de 1830 se destinan para el Ministerio de la Guerra 253.094,810 rs.

En el de 1839, incluso el presupuesto extraordinario 771.843,560 rs.—24 ms.

Esto es, mas que en aquel año 517.758,750 rs.—24 ms.

En el de 1830 se destinaron para todas las atenciones de la caja de amortización 172.978,826

En el de 1839 se destinan para la deuda pública. 306.568,287—22

Este es, de mas que en aquel año 133.589,461—22

Suma de este esceso con el del presupuesto de la Guerra. 651.348,211—22

Al ministerio de Hacienda se han asignado en 1839 328.551,495—24
en 1830 46.207,710—18

Diferencia 282.343,785—6

Al Ministerio de la Gobernacion se han asignado en 1839 115.496.509—26
en 1830 0 0 0

Al ministerio de Marina en 1839. 56.829,847—20
En 1830. 41.200,000

Diferencia. 15.629,847—20

Al de Gracia y Justicia en 1839 18.498,053
En 1830 14.150,742—24

Diferencia 3.987,310—10

Por el contrario son en el día menores las asignaciones de la casa Real y Ministerio de Estado.

Asignado á la casa Real en 1839 43.500,000
En 1830 53.429,500
Diferencia 9.929,500

Al ministerio de Estado en 1839 9.014,220
En 1830 11.344,500

Diferencia 2.330,280

Este es el resultado de la comparacion de ambos presupuestos.

La comparacion que acabamos de hacer es exacta: los datos están tomados del presupuesto de 1830 y del proyecto que acaba de presentar el Gobierno para el año de 1840. Sin embargo, hecho de esta suerte y tan en globo, puede dar lugar á muy grandes equivocaciones.

Puede parecer en primer lugar, á los que ningún conocimiento tengan de estas materias, que la creacion del Ministerio de la Gobernacion ocasiona al estado un gravámen de 115.496.509 rs. 26 ms. que es la cantidad de su presupuesto y esta seria muy grande equivocacion. Con esta suma se cubren en mucha parte atenciones que existen anteriormente y que estaban á cargo de otros ministerios.

Los gastos de la secretaria de la gobernacion suben, en el nuevo presupuesto, á la suma de 1.456.900 rs. vn.

A la administracion y gobierno interior del reino se destinan 29.643.546 rs.

El resto hasta los 115 millones está consagrado á varios objetos entre ellos la instruccion pública, la beneficencia, presidios y casas de correccion y otros de este género.

No es corta ni insignificante la cantidad que cuesta á la Nacion la secretaria del despacho y los Gobiernos politicos, en cambio de las ventajas que ofrecen para lo sucesivo; puesto que, en la actualidad, son muy escasas las que proporcionan. Sin embargo, cuando llegue á terminarse la guerra, habrá dejado de ser objeto de duda la conveniencia de conservar este ministerio y sus dependencias.

Tambien puede dar lugar á un error muy notable, la suma destinada para el Ministerio de Hacienda. La cifra á que ascienden los gastos de recaudacion de nuestras miserables rentas, es exagerada: indica grandes abusos, grandes desórdenes; pero el presupuesto de Hacienda abraza otras muchas atenciones.

Nos referimos, en cuanto á este punto, al excelente artículo de nuestro colaborador el Sr. M. M., que se insertó en otro de los números anteriores de la Revista.

Seguiremos en otros artículos estudiando y examinando parte por parte el presupuesto: hablaremos de la deuda pública, y de los demas gastos, analizándolos con cuanta detencion nos sea dable. Después pasaremos á tratar de los ingresos y de las rentas del Estado, del déficit y de sus consecuencias.

Peró habiendo tratado en esta ocasion de las diferencias que existen entre el actual presupuesto Español y el de 1830, concluiremos con una comparacion de lo que se destina hoy en dia en Francia á diversas atenciones del servicio público, y lo que se destinaba en 1829.

Hoy dia cuestan ménos en Francia el ministerio de estado..... 1 millon.

Los cultos..... 4½

Cuesta mas, el año 29, millon.

La guerra..... 20

La justicia..... ½

A. L.

Entre los artículos anunciados en el Prospecto de esta REVISTA, está consagrado uno de los principales, á la historia de la literatura en Inglaterra y Francia desde Walter Scott y Chateaubriand hasta el dia. Byron, Moore, Southey, Bulwer, Marriat y Delkins (Booz).—Mme. Stael, Delavigne, Nodier, Lamartine, Soulie, V. Hugo, G. Sand &c. serán analizados y juzgados en nuestras columnas. Pero estos juicios ofrecerian poco interes si nuestros lectores no tuviesen algun conocimiento de sus principales escritos. Por esta razon presentamos de antemano en nuestra REVISTA las muestras mas distinguidas de su ingenio y de sus diversos estilos.

Con este objeto insertamos el siguiente fragmento que hemos traducido de Pelhan, or the adventures of an English Gentleman.—Novela original hasta la presente no traducida al castellano, y poco conocida en nuestra España, de Bulwer, el principal y mas celebre de los literatos que honran en el dia á la Inglaterra con sus escritos. Nos ha parecido que une al mérito literario, un verdadero interes de oportunidad.

Sucesivamente iremos publicando novelas, ó fragmentos que por si solos ofrezcan interes de los espresados escritores y especialmente de Soulié tan celebre hoy dia por sus excelentes memorias del Diablo, de Balzac, el autor inimitable de Eugenia Grandet, y de la familia Cloës, de G. Sand, la gala literaria de su sexo, del capitán Marriat, tan ponderado en Inglaterra por sus novelas maritimas, como desconocido en Ei-

pañá; del mismo Bulwer y del ingenioso Eugenio Sue.

Estas traducciones alternarán á las publicaciones originales de nuestros colaboradores literarios, los autores de la Hechicera; de la novela del Peregril &c.

UN CANDIDATO

de conciencia.

COSTUMBRES INGLESA.

La primera casa que visitó fué la de un Eclesiástico de distinguido nacimiento, casado con una Señora de Vaker street. Con esto no hay que decir que el Reverendo *Combermere Saint-Quintin* y su mujer la daban de gentes de rango. En mal momento llegué: cuando atravesaba el vestibulo, un criado nada aséado, llevaba un plato lleno de patatas á un comedor situado á la espalda. Otro Ganimedes, especie de lacayo (*jockey*) en jefe, que era el que me había abierto la puerta, se estaba alotonando aun el vestido, que se había puesto cuando me oyó tocar, y con la boca llena de pan y de queso me introdujo en el mismo comedor. Todo lo creí perdido, cuando, al entrar, vi á la Señora de la casa llenando el plato del mas pequeño de sus hijos, con no sé qué diabólico pastel de moras silvestres. Otro chiquillo pedía á su padre á gritos otra patata: estaba este trinchando con su servilleta metida en el ojal del chaleco y la Mamá, con una ancha babadera por delante profusamente salpicada de salsa y de *puding*, estaba sentada en la mas alta silla, como Júpiter en el Olimpo, y mas parecia complacerse en escuchar que no esforzarse por reprimir el ruido confuso que hacian las divinidades menores domésticas que comian, alborotaban, babeaban y disputaban al rededor suyo. En medio de este caos se presentó, por la primera vez, el candidato de *Buyemall*, en el seno de la noble familia del Señor y de la Señora de *Saint-Quintin*. Al oír pronunciar mi nombre, la Señora, se levantó súbitamente el Reverendo Eclesiástico y se quedó como petrificado. El plato de *puding* de moras silvestres, destinado para uno de los niños, se detuvo como el Sol á la voz de Josué; el tenedor del mayor no llegó hasta su boca; parecia el cuento árabe de los siete durmientes.

¡Ah! exclamé, acercándome prontamente con aire de sincera alegría, algun tanto mezclada de sorpresa. ¡Que dicha para mí la de cogerlos comiendo! Me levanté y almorcé esta mañana tan temprano que casi estoy muerto de hambre. Mire V. lo di-

choso que soy. *Hardy* continué yo, dirigiéndome á uno de los miembros de mi *commitee* que me acompañaba: le acababa de decir á V. que daría el mundo entero por encontrar al Sr. de *Saint-Quintin* á la mesa. ¿Me permite V. Señora, que los acompañe á comer? La Sra. *Saint-Quintin* se puso colorada y tartamudeó unas palabras que ya había yo formado ánimo de no oír. Tomé una silla, eché una rápida ojeada sobre la mesa y dije:—

—¿Con qué tenéis: terna fiambre? ¡Uh!... Nada me gusta tanto. Me tomaré la libertad de pedirlos un poco, Señor de *Saint-Quintin*... ¡Vamos, le dije á uno de los chicos, á ver, hijo mío, si tienes bastante habilidad para darme una patata?—Eso es: ¿y qué edad tienes? Al verte diría que tienes seis años: pero al mirar á tu madre se conoce que no puedes tener mas de dos.

—Cuatro, tendrá para Mayo, dijo su madre poniéndose de nuevo colorada; pero esta vez era de gusto.

—¿De veras? dije yo mirándola mas de cerca; y despues, volviéndome hácia el Reverendo *Combermere*, añadí con tono mas grave:—

—Creo que una rama de vuestra familia está establecida en Francia. Allí he tratado mucho al Duque de *Poitiers*, cuyo apellido es *Saint-Quintin*.

—Si, respondió Mr. *Combermere*, sé que el apellido se conserva aun en Normandia; pero no tenía noticia del título.—

—Lo extraño; y sin embargo, todavía dura la semejanza de familia.—

—Es admirable despues de tanto tiempo. Todos los chicos del Duque me amaban con delirio y me parece que los estoy mirando cuando veo á los de V.—Es menester que vuelva á la carga y que os pida un poco de ese ternero. ¡Está tan bueno y yo tengo tanta hambre!—

—Ha estado V. mucho tiempo en el Continente? preguntó la Sra. de *Saint-Quintin*; la cual, durante mi conversacion con su marido, se habia quitado el babadero y arreglado sus tirabuzones; operacion que habia yo facilitado mirando hácia otra parte por unos tres minutos cuando meaos.—

—Unos siete ú ocho meses; y debo confesar que, para nosotros los ingleses, el Continente es muy bueno para verlo; pero maldito si sirve para vivir en él: aunque tambien encuentro algunas ventajas: por ejemplo, Sr. de *Saint-Quintin*, allí se respeta la autoridad de las familias. Aquí, como V. sabe lo que dice el proverbio, *Dime lo que vales y te diré quien eres*.

—¡Toma! respondió el Sr. de *Saint-Quintin* con un profundo suspiro, es cosa que aflige ver á toda esta gente, que nada era ayer de mañana, y que hoy día tienen oscurecido á cuanto hay de mas respetable y antiguo. Vivimos en muy malos tiempos, Señor mío, muy malos... ¡No se ven mas que innovaciones!... Estoy seguro de que sus principios de V. son muy opuestos á todas estas doctrinas de moda, que no pueden traernos mas que

la *anarquía* y la *confusion*... Nada mas.—

—Como me alegro que sea V. de mi misma opinion. No puedo ver la *anarquía* y la *confusion*. En esto el Sr. de *Combermere* miró á su mujer, la que se levantó, llamó á sus hijos y salió del comedor rodeada de su prole.

—Ahora, me dijo el Sr. de *Combermere*, podemos discutir estas materias. Las mujeres no entienden de política.

—Sr. de *Saint-Quintin*, le dije: muy engañado estoy si no os halláis enterado de mi intencion de presentarme como candidato por el distrito de *Bozemall*. Mi primer deber era, por consiguiente, el de venir á ver á V. para pedirle que me honre con su voto.

—El Sr. de *Combermere* me miró con aire de satisfaccion: iba á responderme; pero yo añadí:

—V. es la primera persona á quien he visitado.

—Es cierto, me dijo sonriéndose, que nuestras familias, viven hace mucho tiempo, en la mayor intimidad.—

—Desde el reinado de Enrique VII empezó la amistad de nuestras familias, repuse yo. Ya sabe V. que sus antepasados estaban establecidos en esta familia, desde antes que los míos, y mi madre me asegura haber leído en un libro viejo, de cuyo nombre no me acuerdo, una relacion con todos sus parientes, de la gran fiesta que dio uno de sus abuelos de V. á otro de los míos en el castillo de *Saint-Quintin*. Yo me liongo de que no hemos hecho nada que pueda privarnos del apoyo que Vds. nos prestan desde hace tantos años.—

El Sr. *Combermere* quedó tan encantado con mi discurso que nada pudo hacer mas que saludarme con un gesto. Al fin recobró la voz y me dijo:—

—Pero vuestros principios?..

—Enteramente iguales á los de V.: soy un enemigo declarado de la *anarquía* y la *confusion*.

—Pero en cuanto á la cuestion de los Católicos!..

—Ah! En cuanto á la cuestion de los Católicos, esa es una cuestion de muy grave importancia, Sr. mio: no irá adelante: no, Sr. de *Saint-Quintin*, no irá adelante.—¿Como puede V. pensar que en una cuestion de tanta gravedad vaya yo á obrar contra mi conciencia?—Pronuncié estas palabras con calor, y el Sr. de *Saint-Quintin*, ó por timidez, ó porque ya estaba convencido, no quiso continuar una discusion tan delicada. Bendije á los astros cuando se detuvo, y sin darle tiempo de pensar en alguna nueva dificultad, continué:—

—Si, Sr. de *Saint-Quintin*.—No he visitado á nadie mas que á V.: su posicion en esta provincia y la amigüedad de su familia exigian, convengo en ella, esta señal de respeto; pero el principal motivo que he tenido es la amistad que reina entre nuestras dos casas.—

—Esta bien: dijo el Reverendo *Combermere*:

puede V. contar con mi apoyo, y deseo, con todo mi corazón, que un joven de los principios de V., obtenga todo el éxito que merece.

De casa del Sr. de *Combermere* nos fuimos en derecha á casa de un comerciante de vinos, rico y radical. No hacia yo esta visita sino por pura fórmula; porque no tenía esperanza de conseguir nada de él, aun cuando lo que acababa de lograr del noble eclesiástico, me hacian confiar en mi habilidad de candidato.

¿Qué difícil es, ó por mejor decir, qué imposible, establecer reglas para gobernar á los hombres, aun cuando conozcamos el caracter de aquellos á quienes tenemos que dirigirlos!

Me habían dado el consejo de tratar al Sr. de *Saint-Quintin* con gravedad y circunspeccion, y por cierto que, si nos hubiese encontrado en su salon á la Señora con vestido de gala y á los niños menos alborotados y revoltosos, hubiera procedido de otra manera; pero, segun se presentaron las cosas, era preciso no beirlas con las apariencias de la altivez: la dificultad estaba en aliar la familiaridad con el respeto, como lo hubiera podido hacer un Embajador frances, que hubiera encontrado á la Augusta Persona de un Rey de Inglaterra comiendo á la una del dia un fricassé de carnero.

Cuando hube sobrepujado esta dificultad, me felicite á mi mismo con tanta sinceridad y tanto fervor como si hubiese ganado una gran batalla; porque, ya sea el triunfo inocente ó sangriento, ya sea en la guerra ó en una eleccion, nada hay tan liengero para el hombre, como conquistar á sus semejantes.

Pero ya es tiempo de volver á nuestro comerciante de vinos, el Sr. *Brigg*. Estaba situado su casa á la entrada de la ciudad de *Bozemall* rodeada de un jardinillo de flores de colores brillantes; pero sin perfume. A la derecha, habia un bosquecillo por donde, en las noches de verano, solia pasearse el respetable propietario con su chateau desabandonado, á fin de conceder á las partes inferiores del cuerpo esta libertad justa y razonable, que reclama naturalmente, despues de comer, el aumento de su importancia.

El digno comerciante se entregaba algunas veces, en estos momentos de grave reposo, á las inspiraciones que le proporcionaba la preciosa yerba de Virginia. Allí, al par que admiraba su matizado jardin y que se absorbía nobilmente en una nube de humo, el Sr. *Brigg*, reflexionaba acerca de la gran importancia que tenia en el Imperio Británico la ciudad de *Bozemall*, y de la importancia, mayor todavía, que en la ciudad de *Bozemall* tenia el Sr. *Brigg*. Me condujeron á un gabinete, donde encontré saboreando un vaso de aguardiente con agua á un hombre de estatura pequeña, abreviada y verdaderamente monosilabica, á quien por lo tanto cuadraba perfectamente el nombre de *Brigg*.

—Señor de *Pelhan*, me dijo aquel caballero, el cual tenía puesto un frac color de castaña, un chaleco blanco, un pantalón color de gamuza y botines del mismo color y paño de los pantalones. Señor de *Pelhan*, bágame V. el favor de sentarse, y dispéñeme V. si no me levanto. Estoy demasiado viejo como el Obispo del cuento, demasiado viejo, Señor de *Pelhan*, para levantarme. Al concluir, comenzó el Señor *Brigg* á reírse; pero apenas quise imitarle, cuando el Señor *Brigg* me echó una mirada penetrante y recelosa; sacudió su cabeza y retiró su silla lo ménos cuatro pasos. Mala señal, dije yo para mí, es menester sondear algo mas á este caballero ántes de tratarle como á los demás de su ralea.

—Teneis una casa hermosísima, Señor *Brigg*, le dije yo—

—Si Señor: y tambien un voto hermosísimo y que apostaría cualquiera cosa, á que le interesa á V. algo mas que mi casa.—

—¡Idola, hola! dije yo para mí, ya eres mio. Nada de política con un hombre que no cree que se use de política sino es para engañarle.

—Pero Señor de *Brigg*, le respondí yo, para hablarle á V. con franqueza; confieso que mi visita tiene ese objeto. Vengo á pedirle á V. su voto, dejándole, sin embargo, en completa libertad de dármele. Ninguna intencion tengo, se lo aseguro á V., de servirle de los artificios que se emplean comunmente para obtener votos á fuerza de lisonjas. Le pido á V. el suyo como tiene cada hombre libre el derecho de solicitar el de sus conciudadanos. Si V. cree que mi adversario haya de representar mejor que yo á esta ciudad, por Dios Santo déle V. su voto. Si por el contrario, deposita V. en mí su confianza, no perdonaré esfuerzo á fin de mostrarse digno de ella.—

—Bien esta, Señor de *Pelhan*, exclamó el Señor *Brigg*. Me gusta la franqueza á V. habla á mi corazón. Ya ve V. que nadie quiere dejarse arrancar su derecho electoral por uno de esos hombres de piquito de oro, que lo manda á uno á todos los demonios en el momento que la eleccion se concluye, ó lo que es todavia peor, un futo orgulloso que, con su genealogia en una mano y sus fanegas de tierra en la otra, se imagine que le hace á V. demasiado honor pidiéndole su voto. Buena vá la cosa en un país libre como el nuestro, cuando una catedral de mendigos, como ese Ministrillo *Quinni*, (asi llamo yo á ese Reverendo imbecil el Señor *Combermere* de *Saint Quintin*), quieran tener el derecho de dictar leyes á gentes honradas que tienen que comer, y que podrian, si fuera necesario, comprarlos á ellos y á toda su familia: créame V. Señor de *Pelhan*, los asuntos del país no se arreglarán nunca mientras no logremos deshacernos de esos propietarios aristócratas, que nos engañan con sus pergaminos. Yo creo que V. será de mi parecer.—

—Nada hay tan respetable en la Gran Bretaña, como los intereses del Comercio. Un hom-

bre que se ha formado á sí mismo vale por mil de esos que no deben su fortuna mas que á sus antepasados.—

—Es cierto: muy cierto, Señor de *Pelhan*, dijo el comerciante de vinos acercándose á mí, y colocando su mano sobre mi hombro y mirándome con un aire de Inquisidor, ¿y qué piensa V. sobre la reforma Parlamentaria? ¿Supongo que no sostendrá los antiguos abusos y la corrupcion del día?

—No por cierto: exclamé con aire de indignacion. Tengo conciencia, Señor *Brigg*, no me uos como hombre público que como particular.

—Eso es: perfectamente: exclamó él á su vez.—

—No, continué yo acaalórándome, no, Sr. *Brigg*, tengo á ménos hablar á V. de mis principios ántes de haber dado pruebas de ellos.—A mí me parece, Señor *Brigg*, que nadie tiene derecho de proclamarlos, sino cuando ya ha hecho algo bueno. No quiero solicitar su voto de V. como lo hará probablemente mi adversario. Es menester que la confianza sea mutua entre mis protectores y yo. Cuando me presente delante de V. otra vez, ya tendrá derecho de pedirme cuenta de mi conducta. Acaso le parece á V., Sr. *Brigg* que le trato con poca consideracion; pero yo soy así: sencillo, brusco y, como ya he dicho, enemigo de esos artificios con que acostumbran otros servirse en las elecciones.—

—Déme V. esa mano, amigo mio, me dijo el comerciante de vinos transportado de alegría, déme V. esa mano, yo le prometo mi apoyo, y me complaceré en votar por un jóven que tiene tan excelentes principios.—

Ahora, queridos lectores, ya sabéis de qué manera el Sr. *Brigg* llegó á ser el mas ardiente de mis protectores.—No me detendré mas largo tiempo en esta parte de mis aventuras. Con lo que precede basta para haceros conocer mis aventuras. Con lo que precede basta para haceros conocer mis cualidades de candidato. Solo añadiré que todo pasó, segun la antigua costumbre, y que despues que se hubo comido, arengado, mentido y corrompido, pronunciado frases equivocas, roto vidrios, y ventanasy cabezas, faltado á las promesas y conducido en triunfo al afortunado candidato, me encontré elegido, en debida forma, miembro del Parlamento por la Ciudad de *Buyemall*.

Contestacion á los Sres. Directores de la Compañía del Guadalquivir.

Muy distante estaba yo ciertamente de que el artículo inserto en el número 2 de este periódico acerca de las Compañías Bética y Guadalquivir, habia de merecer los honores de una impugnacion de personas tan respetables como los Señores Lopez Cepero y Bayo, ni nunca podia considerarme suficientemente preparado á sostener una discusion con los ilustrados directores de la Compañía del

Sevilla, y se hubiera embarcado allí mismo si hubiese sido posible, ahorrándose así el cargador mas de 6.000 rs. que ha tenido que pagar, a pesar del resultado de la *teoría científica* y de la *desaparición* actual del bajo de los Goidales. Este hecho que ha llegado aquí a mi noticia, y que no será el solo que habrá ocurrido, convence mas que todas las argumentaciones.

La compañía del Guadalquivir se acoge por último atrincheramiento a la anulacion ó modificación de sus arbitrios. Creo ciertamente que ha habido algunas considerables deducciones; pero estoy seguro de que el público ha sufrido el gravamen de la mayor parte. Por el honor de la compañía, y para vindicacion de su crédito, ruego encarecidamente a los Sres. Directores que tengan la bondad de dar al público un *estado* de lo que ha perebido la compañía y de lo que el público ha pagado en los 25 años que lleva de existencia, por cada uno de los arbitrios que se le han concedido, y otro de la distribucion de estos caudales distinguiendo los dividendos pagados a los accionistas, los sueldos de la Direccion y empleados permanentes, y lo gastado en obras del rio. Esta manifestacion es la que debe hacer la compañía para satisfaccion de todos, y la que demuestra los servicios de esta asociacion, encargada, a espensas del público, de poner espedita la navegacion del Guadalquivir.

Cierra la plana de la impugnacion una espresion de generoso desprendimiento. "No queremos, dicen, privilegios exclusivos en favor de ninguna corporacion ni particular." Podrá ser que los *actuales* directores no los quieran *ahora*; pero sus antecesores no usaron de tanta filantropia, pues no solo tomaron el de introducir 800 toneladas de panas y acolchados en cada uno de los 4 años, libres de derechos, cuando al comercio le estaba prohibido enteramente, sino que en 1818 solicitaron y obtuvieron el aumento de otras 200 de géneros europeos de algodón de todas clases, privilegio cuyas consecuencias no necesitan comentario en Cádiz ni en Sevilla. Este es uno de los arbitrios cuyo resultado pecuniario para la compañía deseáramos se hiciera notorio al público con todas sus incidencias. Tambien me parece ser privilegio exclusivo el de carretillos disfrutado por la compañía, y todavia peor que privilegio exclusivo, el derecho exclusivo de $\frac{1}{2}$ p. 3 que desde 1815 estamos pagando en Cádiz para la compañía del Guadalquivir, sin que hayan bastado a derribarlo los continuos clamores del comercio de Cádiz, que parece tener el *privilegio exclusivo* de estar siempre mas gravado que los demas del reino. Hasta Sevilla misma se ha exonerado de una contribucion que pesa todavia sobre cuanto consumen los vecinos de Cádiz.

El público juzgará si la *mayor parte* de lo que se dice en mi anterior artículo *procede* de noticias inexactas ó de datos equivocados, como han creido los Sres. Directores. Si estos se hu-

bieren cenido á manifestar sus excelentes deseos, que todos reconocen, no habria habido necesidad de esta réplica. Habiéndome acusado, aunque con la mayor urbanidad, de inexacto, era indispensable que justificase mis asertos.

FELIPE VILLARANDA.

Teatro principal.

GABRIELA

DE BELLE-ISLE.

DRAMA EN CINCO ACTOS

DE ALEJANDRO DUMAS.

Ha empezado de nuevo sus tareas la compañía dramática, y comenzamos tambien nosotros la nuestra, de dar cuenta á nuestros lectores de las funciones principales que ejecuten. Nos vemos en la necesidad de decir dos palabras á la empresa, ántes de analizar el drama, que es objeto de este artículo, porque hemos observado, que muchas de las piezas anunciadas y hechas hasta hoy, son repetidas: las hemos visto mas de una vez en escena ya el año pasado cómico, cuando vivieron á esta ciudad por temporada de verano, ya en la primera parte del presente. Y tenemos tanto ménos reparo en decirlo, cuanto que nuestros intereses y los de la empresa se identifican en esta ocasion: si á nosotros nos causa, generalmente hablando, oír siempre lo mismo, algo mas ha de desagradarle ver desierto el teatro, como pudiera suceder muy bien. Pocas son las comedias que se oyen con gusto la segunda vez, porque el espectador está en el secreto, y sabe desde la primera escena lo que va á suceder en la última. Nos parece, ademas, que ese sería el mejor medio de que se disminuya, hasta extinguirse tal vez, la aficion y popularidad del arte, porque en cualquier pueblo, y especialmente en Cádiz, hay un

número de personas, no muy grande por cierto, que van todas las noches al teatro, sostienen la empresa, alimentan el gusto dirigiendo muchas veces la opinion, y son precisamente las sacrificadas. El placer de la novedad es una de las razones mas poderosas que hay para decidirse á tomar una luneta ó un palco, y pone en movimiento hasta á aquellas familias para quienes ir al teatro es un suceso, y que no comen á derechas de puro agitadas, porque dentro de tres ó cuatro horas vá á empezarse la funcion.

No es por cierto Gabriela de Belle-Isle la que nos mueve á hablar así: Gabriela es uno de los pocos dramas que se oyen con gusto dos y tres veces, porque ademas de ser bueno, contiene una infinidad de bellezas de por menor, que se escapan en la primera representacion, y solo se perciben en las siguientes; lo decimos por las demas que se han anunciado y sobre todo, porque tememos y sentiriamos infinito volver á ver comedias tan insulsas como *Hija*, *Esposa y Madre*; tan malas, como la *Máscara de Hierro*, ó la *Eleccion de un Diputado*; ó tan mil veces repetidas como la *Marcela* y el *Amigo Mártir*. Nos lisongeamos de que la Empresa apreciará en su justo valor estas observaciones, que nuestro deseo de que prospere y se perpetúe, y nuestra nunca desmentida predileccion por el arte nos impulsan á hacer.

Tiempo es ya de que nos acordemos del drama de Dumas. La escena es en Chantilly. El Duque de Richelieu obsequia á la Marquesa de Prie; pero quando se formaron esas relaciones amorosas, convinieron los dos amantes en romper una moneda de oro, y en conservar cada uno de ellos la mitad para devolverla el primero que sintiese apagarse en su alma el fuego fatuo que se habia encendido. No fué mala por cierto esa precaucion, que, sea dicho de paso, revela á la vez el carácter de los personajes y las costumbres de la Aristocrácia, porque al cabo de tres semanas, quando se creian mas seguros, el Duque regala á la Marquesa un libro de memorias y está, por no ser ménos, le entrega un bolsillo con sus armas, que habia bordado para él; pero ¡oh sorpresa! cada uno

de estos dos dijes contenia la mitad de la moneda de oro.—El amor habia desaparecido; la amistad mas sólida que él, lo reemplaza; y los antiguos amantes se cuentan sus amores nuevos. El Duque estaba enamorado de una muchacha de Provincia que siguió de Paris á Versailles, y de Versailles á Chantilly; y la Marquesa de un jóven oficial de la guardia, que estaba allí. Esa muchacha es Gabriela, que, huérfana de madre y sola en el mundo, venia á solicitar la libertad de su padre y de sus dos hermanos, encerrados hacia ya tiempo en la Bastilla, por delitos que no habian cometido; ocupado el rey en los placeres de su edad se negó á recibirla, el Obispo de Frejus le habia contestado que no entendia de politica; tuvo por último que dirigirse al Duque de Borbon, y sin saber porqué se resolvió á visitar á la Marquesa. Llega en este momento, y es recibida á instancias del Duque; pero su conversacion se interrumpe con la llegada de d' Aumont y del Baron de Lanta, que recibe Richelieu en nombre de la Marquesa. Sostienen ambos que las mugeres progresan porque ántes tenian dos amantes y un confesor, y ahora se contentaban con dos confesores y un amante. Richelieu, á quien, segun parece, no faltaban motivos para dudar de la virtud de las mugeres, apuesta mil luises, á que consigne, ántes de veinte y cuatro horas, una cita amorosa de la primera muger casada, viuda, ó soltera que encuentren dentro ó fuera de Palacio, poniendo solo una condicion; que habia de ser bonita: la Marquesa de Prie sale de su cuarto para ir á misa; pero ella no entraba en cuenta, pues el Duque, que por lo visto era hombre de conciencia, asegura á sus amigos, que eso seria robarles el dinero: preséntase despues Gabriela, y la apuesta queda hecha, y aceptada.—Pero los tres amigos no estaban solos: el caballero de Laferté los escucha, y quiere sostenerla contra el Duque, porque dentro de tres dias iba á casarse con la muger que Richelieu queria deshonorar ántes de veinte y cuatro horas. Bien merece á nuestro entender el motivo que se aventuren los mil luises.

He aquí el primer acto, y en él una esposi-

ción completa, un argumento anudado con arte, y lleno de novedad y de interés, que promete mucho á poco que se vaya complicando. Delineados con maestría los caracteres, ya el espectador conoce de lo que el Duque es capaz; mide la resistencia que ha de oponerle Gabriela, y adivina que la Marquesa y Laferté no han de estar pasivos, porque la primera es mujer y amante desechada, y para el segundo, la cuestión que se ventila es una cuestión vital. Imposible sería hacer mención de las infinitas bellezas de diálogo de todo el acto, ni hablar del ingenio y de la gracia con que está escrito; para esto era preciso copiarlo entero, y detenerse en cada pensamiento. La época es la mas apropiada para la escena, si del dominio de la escena son los galanteos y las intrigas de amor: esa época fué una bacanal perpetua de pasiones desordenadas, fué un combate permanente entre el corazón y los sentidos, entre el espíritu y la materia; y tanto que sus nombres históricos parecen nombres de comedia. Lo que mas nos admira no solo en este acto primero, sino en todos los demas, es, que la libertad de la situación está cubierta por completo con la delicadeza de las formas: no somos nosotros de los que dan poca importancia á la moralidad sobre la escena; lejos de eso, pensamos que la escuela moderna hace muy mal en prescindir algunas veces de ella. Creemos que, si bien es difícil corregir en el Teatro las malas costumbres de la sociedad, es mucho mas fácil viciarlas, porque si para edificar nos parece muy poco, para destruir lo tenemos por un poder temible. Sin embargo, distinguimos la libertad en el estilo, de la libertad en la situación; la primera es repugnante, revela la poca cultura del que escribe y produce el mismo efecto que un olor malo; la segunda, es mas tolerable, y sobre todo mucho menos perjudicial. Cuando la libertad está en las palabras, como sucede muy amenado en los sainetes, en alguna que otra de las comedias de nuestro Teatro antiguo, y en muchos de los dramas y Vaudevilles del día, todos los espectadores de todas clases las comprenden, y los cómicos suelen hacerlas mas significativas por conseguir un aplauso,

que no pocas veces obtienen. Pero cuando la libertad está en la situación, se escapa á muchos y pasa como si no existiera. No son por cierto muchos castos los ojos que los oídos; pero el público teme con razon mas á los unos que á los otros porque es muy fácil llevar la palabra muy lejos, y no lo es tanto llegar á estar en situaciones en que, impunemente, se pueda faltar al decoro. Lo primero es casi imposible de evitar, lo segundo se prevée y se salva con mucha facilidad.

La Marquesa de Prie ofrece buscar un protector á Gabriela y le cita al Duque de Richelieu, aconsejándola que le escriba: cuando mas parece que va á auxiliar los proyectos de su antiguo amante, se la ve trabajar por destruirlos. Precavida como siempre, no habia escrito al Duque durante sus amores, por no dejar en poder suyo un arma temible para todas las mugeres; pero mas aun para la Dama del primer Ministro: le escribe bajo el nombre de Gabriela, ofreciéndole, en cambio de su proteccion, una gratitud sin limites. Richelieu sospecha, y exige de su protegida que haga un memorial; pero precisamente, en el momento que la dócil y linda pretendiente coge la pluma, se ve obligado á ausentarse para abrir unos malhadados pliegos que acaban de llegar; mas lista que él, se encarga la Marquesa de estenderlo, porque sabe la fórmula, y Richelieu, cuando vuelve y lo recibe de manos de Gabriela, queda satisfecho y se despide hasta la noche. Importaba mucho á la Marquesa separar de allí á su huésped; para esto se ofrece á abrirle secretamente las puertas de la Bastilla, á fin de que vea á su padre y á sus hermanos, *bajo juramento* de no decir á nadie donde habia pasado la noche *interin el Duque de Borbon sea Ministro*; ella lo jura, y parte de pues de haber ofrecido á Laferté no ver á Richelieu aquella noche, y de haberse visto obligada á despedirlo sin decirle los motivos. El Duque, á quien la Marquesa cerró la puerta principal, se introduce por una secreta, cuya llave conservaba, y tira desde el balcón una carta á Laferté, en prueba de que habia gauado la apuesta.

El sagaz y astuto Richelieu se deja engañar

como un principiante, y como un principiante poco discreto, á quien no disculpa la fagundad que tanto se cuida la Marquesa de echarle en cara, sin duda para que *esté prevenido*. El episodio del memorial, después de ser inútil por completo, falsea el carácter de uno de los primeros personajes. Poco diestro, y hasta pueril, disminuye el efecto de todo el acto, porque todo él, y una gran parte de los demas, se fundan en esa indiscrecion. Tampoco se cuida Dumas de justificar la deslealtad de la Marquesa, á quien se vé pasarse al enemigo desde el principio, sin que se sepa á panto fijo, si el amor propio, ó los celos, ó un capricho del momento, la impulsan á obrar así. No es Gabriela de Belle-Isle uno de esos dramas cuyo único mérito consiste en un argumento bien trazado, por eso damos poca importancia á esos deslices; pero sentimos tanto mas ver que existen, cuanto que las infinitas bellezas de diálogo, lo bien pintada que está la época y la verdad de algunos de los caracteres, nos hacian desear que no hubiera ningun obstáculo que se opusiese á nuestros elogios.

Laferté, que cree perdida la apuesta, enseña la carta del Duque á Gabriela, acusándola como merece: una sola palabra puede justificarla: y esa palabra no sale de sus labios: esta escena y la siguiente con el Duque, están escritas con mucha maestría y son á nuestro entender, las mejores del drama, apesar de que el autor les ha quitado una parte de su efecto. Son tan rigurosas las condiciones teatrales y es tan escrupuloso naturalmente el espectador, que los dos diálogos de los dos amantes, aunque están llenos de ternura, aunque su pasion tan pura y tan sincera forma un brillante contraste con los galanteos torpes y las astucias malignas de los personajes que los rodean, aunque su candidez y su inocencia aloga por ellos, sin embargo, el espectador no queda satisfecho. Si una situación dramática fuese suficiente para amnistiar al autor, seguramente Dumas quedaria contento con este acto tercero; pero al que oye no le basta un amor puro, un alma de ángel, una situación natural, necesita tambien la eficacia de los motivos. Laferté ama con delirio, cree con ra-

zon culpable á su amante, se queja, se desespera, quiere engañarse á sí propio, y hasta suministra medios á la muger á quien adora para que lo engañe: siente un peso que lo agobia, porque es superior á sus fuerzas, conoce que le falta el principio de su vida, si deja de creer en el amor de Gabriela; y á toda costa desea volver á sentir en su corazon encendida la llama que ha de volverle el sosiego y las dulzuras de la abnegacion: en todo esto la verdad salta á la vista; pero Gabriela está enamorada como él, se ve calumniada, siente toda la importancia de la calumnia, conoce los estragos que causa en el corazon del hombre á quien ama mas que á sí misma, ve su dolor, su desesperacion, su amor: una palabra sola puede justificarla, no puede temer indiscrecion en su amante y sin embargo, no la pronuncia, *porque ha jurado callar*: eso es falso, ninguna muger en esa situación y con ese amor, puede hacerlo. Por detras de los dos amantes aparece el autor con un dedo puesto en la boca, obligando á Gabriela á que calle, y el efecto se pierde, y se ve la escena, y los bastidores, y desaparecen Laferté y la Señorita de Belle-Isle, quedando sobre el tablado los dos artistas que representaban á los dos personajes.

El diálogo entre el Duque y Gabriela es admirable; la situación es nueva en el teatro, y está desempeñado con inimitable maestría. El Duque se presenta en el momento en que Gabriela, con el objeto de satisfacer á su amante, va á llamarlo para que le explique la carta y los motivos de su conducta. Laferté los oye, porque ella quiere que se convenza por sí propio. El pensamiento es atrevido, el terreno resbaladizo: era preciso mucho talento y mucho arte para no faltar al decoro, para no falsear el carácter del Duque, para conservar ilesa la dignidad de los personajes, y para evitar que llegáran á una explicacion estrepitosa, sin que desapareciese la naturalidad. Richelieu hace uso de una galanteria tierna y de una libertad expansiva que ella, sorprendida, procura contener cuando le vá á besar la mano, presentándole la carta: el Duque

se disculpa noblemente; confesando la verdad, añade que, antes de hacer la apuesta; la amaba ya, y que ni ella, ni persona alguna determinada, había sido el objeto; porque ofreció dirigirse á la primera muger que se encontraran. Gabriela lo escucha sin comprenderlo, admira su descaro; pero va derecha á su objeto, y le pregunta quien ha arrojado la carta por el balcón de su cuarto:

Gab.—¿Y la habeis arrojado por ese balcón?

Duq.—Por ese mismo.

Gab.—¿Y á quién?

Duq.—¿Yo qué sé?: al que la esperaba sin

duda.

Gab.—¿Estábais aquí, en este cuarto?

Duq.—Si por cierto.

Gab.—¿Pero sólo? ¿sin mí?

Duq.—¿Como? ¿sin vos!

Gab.—¿Estábais por ventura conmigo?

Duq.—Pues, por supuesto.

Gab.—¿Conmigo!

Duq.—Con vos.

Gab.—Mentis, Sr. Duque.

Duq.—¿Que mientol? ¿yo!

Gab.—Si, vos; y descaradamente, que es

mas.

Duq.—Señorita, con vuestro permiso; cuando una muger habla así á un hombre, él solo debe contestar retirándose.

En esta última contestacion, así como en todo el resto de la escena, el Duque muestra una cultura y un ingenio superior: se despidе admirando porque se preciaba de conocer á las mugeres, y veía que era un solemne tonto: confiesa á Gabriela que le estaba reservado el honor de darle la mejor leccion que había recibido en su vida. Esta escena es muy superior á todas las demas; y bastaria por sí sola á hacer olvidar todos los defectos del drama. Laferté desesperado se retira, jurando á Gabriela que no la perdonará nunca, y ella cae de rodillas, agoviada por el dolor.

Laferté desafia al Duque; pero el Baron de Lanta, advertido por la Marquesa, los cita, como escri-

bano de causas sobre desafíos, á comparecer ante el tribunal de condestables de Francia, exigiéndoles palabra de honor de no batirse. Juegan la vida y Laferté pierde. Entretanto estalla una revolución en palacio, cosa que podia muy bien suceder; pero llega tan á tiempo que parece traida por el autor: cae el Ministerio, y el Obispo de Frejus reemplaza al Duque de Borbón: la Marquesa, desterrada á sus tierras, escribe á la Reina, y Richelieu al ver su letra, conoce que ha sido engañado: corre á buscar á Laferté; pero lo prenden para llevarlo á París á dar cuenta de su conducta.

Laferté no quiere suicidarse sin volver á ver á Gabriela, que lo escucha inquieta, porque la Marquesa no vuelve: con ese motivo le refiere la caída del Ministerio y el destierro de la favorita. Libre de su juramento, la hermosa joven lo confiesa todo: pero era ya tarde, dan las ocho y media y á su amante solo le resta media hora de vida: esta situacion es penosa; agita sin esperanza, es decir, agita desagradando al espectador. El Duque, de vuelta de París, se confiesa engañado, proclama la inocencia de Gabriela, y recibe en recompensa el perdon y la amistad de los dos amantes.

El drama, considerado en su conjunto, es bueno en el primero, segundo, y cuarto acto despliega Dumas un gran ingenio, un gusto exquisito, y un talento de conversacion que copia con exactitud y verdad las costumbres y el espíritu de las altas clases de la época. Pregunta la Marquesa al Duque ¿habeis visto á Madame Dallainville? ¿qué hace?—Sigue enflaqueciendo—¡Oh! es imposible; si estaba transparente: Richelieu recuerda á D'Anmont que Dios lo había hecho todo un noble, el Rey Duque y Par, la Duquesa de Orleans Comendador de la Orden del Cordon azul, su muger capitán de guardias: haz tú tambien algo por ti, hazte la barba.—¿Qué quieres, hombre? son recuerdos de la Regencia, entónces parecíamos bien así. Hemos citado estos trozos como pudiéramos haber hecho con otros muchos, pues los tres actos están sembrados de agudezas y de gracias.

Los caracteres están muy bien concebidos; Richelieu es noble, leal, caballero; pero está al mismo tiempo viciado; tiene todas las cualidades y los defectos de la Aristocracia del tiempo: su índole es buena y sus sentimientos elevados; sin embargo, las costumbres, la educación y la atmósfera que lo rodea, han falseado su generoso carácter: noble y valiente admite el extraño desafío de Laferté; pero generoso y sensible desea, cuando ha ganado, que su contrario no mire la partida como cosa seria: sus buenos sentimientos se despiertan al verse engañado por la Marquesa y jura que no la perdonará nunca. Acostumbrado á mirar á las mugeres como un instrumento de placer, es poco escrupuloso; pero al ver de cerca el amor verdadero, comprende la desesperación de los dos amantes y corre diez leguas en dos horas, para venir á proclamar la virtud de Gabriela de Belle-Isle. La concepción de este carácter es atrevido, y su mérito no muy fácil comprender, porque está vencida la dificultad.

La marquesa es una muger de cuyo carácter solo presenta el drama una faz; el espectador no ve sino la cortesana; pero la cortesana está dibujada con exactitud y con verdad.

Gabriela es una linda muchacha de Provincia, cándida como la infancia, y pura como la virtud: despliega en el acto tercero una energía de carácter y una fuerza de voluntad que pocas veces se encuentran en las mugeres jóvenes; pero que una educación recogida suele alimentar, y la adversidad y la desgracia desenvuelven con vigor.

Laferté no es nada, porque nada debe ser un hombre que llega á enamorarse profundamente: el amor seca en los hombres las fuentes del individualismo de tal modo que, cuando aman de veras, el carácter se borra, el pensamiento abdica, y solo se ve obrar á la pasión: por un extraño capricho de la Providencia el alma del hombre se convierte entónces en alma de muger, como si hubiera querido el Criador poner de manifiesto á la humanidad el principio de las simpatías morales, que liga á los dos sexos. Por desgracia, estamos condenados á no ver, ni aun en las muge-

res, esa clase de pasiones casi nunca, sino en el Teatro: que nuestras lindas lectoras no arruguen la frente y nos oigan ántes de condenarnos. Admiradores hasta el entusiasmo de la exquisita sensibilidad de su alma, no culpamos á las mugeres de nuestros días: hemos acertado á nacer en un tiempo de revueltas, en que todos los lazos de la sociedad se desquician, y en que se introduce en el corazón la misma anarquía que reina sin obstáculo en el pensamiento. La educación se falsea, las costumbres pierden algun tanto de su pureza, y el interés y el egoísmo se mezclan con todo: las mugeres suelen amar mas veces porque quieren *establecerse*, que desean casarse porque aman, y la sociedad doméstica está rodeada de mas escollos y sembrada de mas espinas, que el mundo político.

Ya en otras ocasiones hemos juzgado á los principales actores de la compañía; añadiremos sin embargo, ahora, algunas observaciones que la experiencia nos ha suministrado, y que nos han hecho reedificar nuestro primer juicio.

Es el Sr. Arjona menor un artista cuyo mérito hemos reconocido, y cuyas felices disposiciones hemos elogiado como se merecen; pero vemos con disgusto que no adelanta todo lo que pudiera. Lo atribuimos á que se dedica á la vez á dos géneros, lo serio y lo jocoso, tan opuestos que no puede ménos de perder en el uno todo cuanto se le ve ganar en el otro: son dos corrientes opuestas en el lecho de un mismo río, que se combaten y se debilitan al mismo tiempo. Hemos notado en él dos pequeños defectos que, con los mejores deseos, vamos á indicarle: es el primero una timidez, un temor de desentonarse, con mengua de la dignidad del personage que representa, y el segundo, una monotonía algo declamatoria: siendo su voz muy modulable y todas sus facultades buenas, nos confirmamos en nuestra opinión, por que vemos que el mismo Sr. Arjona, tiene un tacto suficientemente fino para conocer cuan fácil es deslizarse y seguir la corriente de los hábitos adquiridos en los sainetes y en las comedias; y ese temor le impide expresar todo lo que siente, y trasladar al público la agitación del actor.

El Señor Tamayo ha vuelto como se fué, con las mismas cualidades y la misma poca memoria. Hay ciertas piezas en que, ó porque las hace con mas gusto, ó porque las sabe mejor, no se advierte ese defecto; por eso le aconsejamos que trabaje para que no se observe en ninguna. El Sr. Tamayo tiene un gran conocimiento de la escena dramática, y ejecuta con mucha soltura el personaje que representa en Gabriela: es este uno de los dramas en que nos agrada mas, y por lo mismo sentimos verle algunas veces titubear.

La Señora Cun desempeña bastante bien los papeles de segunda dama, sin que desagrade, como suele suceder en las actrices de su clase, ni su escuela, ni su gusto: nos parece bien representando á la Marquesa.

Nos reservamos decir nuestra opinion con respecto al Señor Lugar para otra ocasion en que luzcamos: el Baron de Lanta es de muy poca importancia en el drama, y no era posible que el actor pudiese hacer patente en él sus buenas cualidades.

Exprofeso hemos dejado para la última á la Señora Baus: no ha desmentido esta vez su reputacion justamente adquirida. Tuvimos el disgusto de observarle algun que otro corto defecto; pero confesamos con franqueza que nos olvidamos de ellos por dos razones á cual mas poderosas: la primera, porque es linda, y la belleza es de todas las aristocracias la que nos impone mas: y la segunda, porque tiene mucha aplicacion, y un empeño sincero en agradar al público. Estudia mucho, se apura las pocas veces que se equivoca, y es incansable; ¿Qué no disculpa este afán? Y no hacemos mérito de su aplicacion á la manera de como se decanta la amabilidad de las feas; pues le reconocemos como artista un gran mérito positivo, que el público, siempre justo, ha apreciado; sino porque, lejos de engreirse, trabaja cada dia con mas empeño y se esmera mas.

AUGUSTO AMBLARD.

BOLETIN.

POESIA.

LA ORACION.

En medio de encinas de un monte en la altura
Soberbio castillo levanta la frente,
Su gótico adorno y escelsa estructura,
Muestran fué morada de muy noble gente.

Aquellos salones de púrpura ornados
Albergue de hermosas, asilo de amor,
En miserables ruinas y escombros trocados
Inspiran hoy solo, tristeza y horror.

La luna ilumina con pálidas luces
El negro recinto de un gran panteon,
Y allí entre sepuleros, allí entre las cruces
Se mira una virgen hacer oracion.

Su cándido rostro le cubre un gran velo
Cual fúnebre manto de negro crespon,
Y alzando la jóven los ojos al cielo,
Del Dios de los justos implora perdón.

Perdon por sus culpas con voz dolorosa
Al Dios de este mundo supremo hacedor.
...La luna ilumina su faz ruborosa
Que en palido torna la angustia y temor.

Llora la infelice por su madre, llora,
Que de aquesta tierra veloz se partió,
Y con dulce acento que al mundo enamora,
Así entre sollozos de pronto exclamó:

"Madre que del cielo me estás contemplando,
De aquesta infelice tened compasion,
Y á mis desventuras un término dando,
Llévame á la eterna celeste mansion.

Plugiera á Dios santo que al punto encontrara
Reposo á mi amargo y eterno penar,
Que al punto la muerte mi llanto cortara,
Y al cielo subiera descanso á gozar.

Cual pasan las nubes veloces huyendo,
Así tambien pasa mi frágil belidad;
Todos me aborrecen, de escarnio sirviendo,
Cual sirven los buenos á injusta maldad.

En estas moradas do quier silenciosas
Mansion del reposo y asilo de paz
Los techos, paredes, columnas ruinosas,
Todo me recuerda tu querida faz.

¡Oh! cuando tú, madre, dichosa habitastes
Aqueste castillo do yo sola estoy,
Delicias honores riquezas gozastes
Y ruinas tan solo se presentan hoy."

Aquesto diciendo la virgen hermosa
Su rubia cabeza contrita humilló,
Y en el pavimento del labio de rosa
Dos veces humilde la huella estampó.

Y luego cual sombra que cruza los vientos
La jóven belleza, veloz se partió;
Sus pies resonaron en los pavimentos,
Y solo el castillo de pronto quedó.

A. G. OCHOA.

No vamos á analizar el drama titulado *El Castillo de San Alberto*, vamos á dedicar unas cuantas líneas á decir nuestra opinión sobre su ejecución, porque nos han asegurado que se repetirá el Domingo y deseamos que el triunfo de algunos de los actores sea mas completo que lo fué el Jueves.

Nadie mas que nosotros conoce el mérito de la Sra. Baus y nadie se interesa mas en sus glorias artísticas: por eso mismo le diémos con franqueza nuestro parecer. En el primer acto estuvo muy bien; en el segundo no tanto: abusó de la ironía en el lindo diálogo que tiene con el Conde, y además no le expresó con exactitud: esa ironía, hija mas que del placer de la venganza, del dolor y de la desesperación es mas espontánea, ménos acompañada y no basta para expresarla hablar muy despacio, pararse en cada sílaba, y tomar un aire de intencional que hubiera conocido, no digo el astuto Flay, sino la inocente María. En el acto tercero tuvo momentos muy felices, entre otros citáremos su actitud, cuando oye esclamar á María, —Señora mía del Amparo, favorecedme—

Sin embargo, no arrancó los aplausos de entusiasmo que en otras ocasiones: no es culpa del público de Cádiz: este público es el mismo, tan conocedor como antes, tan indulgente como siempre y que se precia no solo de ello, sino tambien de ser galante en demasia con las bellas: tampoco nosotros culpamos á la actriz, le hacemos cargo de una sola cosa, de un deseo estremado de agradar. La Sra. Baus no consultó ni sus facultades físicas ni sus inteligencias; se esforzó demasiado, y ese esfuerzo que la fatigó produjo el mismo efecto en los espectadores; en la mitad de cada parlamento llega á su límite, y despues lucha en vano, porque le falta al mismo tiempo la voz y el entusiasmo. Le aconsejamos que no sea tan pródiga en otra ocasión, y que en vez de aspirar *ad summum*, se limite á sacar de sus cualidades todo lo que sean susceptibles de dar. De ese modo no le sucederá lo que el Jueves que en el cuarto y en el quinto acto estuvo fría, y agotada.

La Sra. Fenoglio nos agradó bastante; pero su voz es aguda; y debe procurar no desentonarse nunca.

El Sr. Tamayo nos pareció muy bien, especialmente en el diálogo del acto segundo con la Condesa: quisieramos que no se descuidara tanto, y que se aprovechara mas de su inteligencia y de sus no cortas facultades: todo lo que la Sra. Baus prediga, lo economiza el Sr. Tamayo, y observamos con disgusto, que solo de cuando en cuando se despierta en el interés por la escena: por qué no ha de esmerarse en todas ocasiones como

lo hace en *El Arte de Conspirar*, *Marino Faliero*, *la Teresa &c.*? El acto quinto del *Castillo de San Alberto*, y en general todo el drama, lo ejecuta bastante bien.

El Sr. Arjona mayor es tambien un apreciable actor; trabaja, se esmera mucho, y no pocas veces consigue triunfos: por ello le damos el parabién.

Otro consejo daremos á la empresa, y es que no ponga en escena los dramas furibundos del teatro romántico moderno, por lo ménos en las noches de los Domingos y dias festivos. Y este consejo es tanto mas digno de ser atendido, como que no se lo damos en nombre propio, sino en nombre de las elegantes, de las bellas, de las sensibiles espectadoras de los palcos, las galerías y las tablillas.

A nosotros no nos asusta por cierto ni la ambición de Catalina Howard, ni la venganza de Ethelwood, ni los terribles misterios de la *Torre de Nesle*. Somos además muy sinceros admiradores de Victor Hugo, y de algunos otros escritores de la nueva escuela.

Pero las madres de familia han llegado á persuadirse de que no es para sus hijas el espectáculo mas moral ni mas conveniente, el de los asesinatos, los adulterios y los incestos del drama romántico.

—La empresa juzgará de si es ó no acertado este juicio.—Y en cuanto á las mismas hijas, estamos muy engañados si no prefieren los galantes de Moreto y de Lope, y los donajres y chistes de la comedia y hasta del transparente Vaudeville á los puñales, venenos y maldiciones del romanticismo.

Seria estraño que no accediese la empresa á la voluntad del bello sexo.

ERRATA IMPORTANTE.—En el número anterior de la REVISTA, en el remitido de los Sres. Vadillo y Zulueta, página 148, columna segunda, al final de ella, donde se dice nos ceñiremos á expresar, debe leerse nos ceñimos á expresar.

OTRA.—En la plana sesta del presente número, columna segunda, línea 39, donde dice—Con lo que precede basta para hacerlos conocer mis aventuras. Con lo que precede basta para hacerlos conocer mis cualidades de candidato: léase solamente este último periodo.

CADIZ:—EN LA IMPRENTA GADITANA DE PICARDO,

CALLE DE LA COMPAÑIA, NÚMERO 86.